

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EL CARDENAL MINDSZENTY
MÁRTIR DE LA FE**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

En la cárcel.

Píldoras de la verdad.

El Proceso.

Su madre.

Testimonio.

Otro testigo.

La policía.

La misa.

El padre Pío.

Teresa Carloni.

Cadena perpetua.

Soledad y silencio.

La revolución.

La embajada.

El exilio.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La vida del cardenal Mindszenty, Primado de la Iglesia de Hungría, es la vida de un mártir del comunismo del siglo XX. Nació el 29 de marzo de 1892. En 1919 fue encarcelado durante la revolución comunista de Bela Kun. En la segunda guerra mundial fue hecho prisionero en noviembre de 1944 por los nazis, por haber ayudado a huir a judíos húngaros, y estuvo preso hasta el fin de la guerra. En diciembre de 1949 fue hecho prisionero por el régimen comunista de Hungría y fue liberado por unos días en 1956, cuando sucedió la revolución húngara, que fue aplastada por el ejército soviético. Fue condenado a cadena perpetua y sufrió muchas torturas físicas y psíquicas del gobierno comunista por negarse a firmar los documentos que le presentaban, que eran falsificados. Estuvo 15 años exilado en la embajada norteamericana de Budapest, desde 1956 a 1971. Ese año le permitieron salir y estableció su residencia en Viena, donde murió en 1975.

En su libro *Memorias* relata sus sufrimientos en las cárceles comunistas, pero en sus últimos cuatro años de vida, residente en Viena, pudo visitar varios países del mundo donde había refugiados húngaros para animarlos y afianzar su fe católica. Realmente fue un mártir y un testigo firme de su fe y, a la vez, es un ejemplo para las generaciones posteriores. Y no solamente él. En los diferentes países comunistas de Europa del Este las principales autoridades de la Iglesia católica sufrieron como él torturas y sufrimientos sin cuento. Y solo el poder de Dios pudo conseguir que, a pesar de tanto dolor, pudieran sobrevivir sanos mentalmente, cuando tantos y tantos presos caían en la desesperación, en el suicidio y en la locura.

EN LA CÁRCEL

Refiere en sus *Memorias*: El 26 de diciembre de 1944 fui detenido. Me llevaron directamente a la cárcel de la calle Andrassy N.º 60. Fui encerrado en una fría estancia de la primera planta, donde se aglomeraban grupos de gente. Allí procedieron al cambio de ropa. El comandante de policía y un agente me quitaron con violencia el traje talar y también la ropa interior, entre las groseras risotadas de los presentes. Me dieron un traje rayado que me venía ancho y parecía un bufón. Algunos comenzaron a bailablear a mi alrededor y el comandante gritó: *Perro, hemos estado esperando esta hora desde hace mucho tiempo. Me alegro que haya llegado por fin.*

Recordé al cardenal primado de Inglaterra, Johann Fisher, que sufrió prisión a manos de Enrique VIII y a Pío VII en manos de Napoleón. En pleno siglo XX me estaba reservado sufrir idéntica suerte conjuntamente con los cardenales Stephan y Wysynski, Stepinac y el arzobispo Berán. Mi cruz especial era ser un cardenal cautivo en el país de María (Hungria). En la cárcel, no solo me quitaron el breviario, el rosario, la Imitación de Cristo y la medalla de la Virgen, sino también el reloj y el código penal.

Tras haberme quitado las ropas sacerdotales y los pocos objetos ya mencionados que llevaba conmigo, me condujeron a un piso superior. Por un estrecho y bajo pasillo, una puerta daba a una estancia donde me arrojaron. Era una celda de cuatro por cinco metros y bastante oscura, pese a una ventana que recaía a un patio. En vez de cama, había un diván desvencijado. Lo cierto es que tampoco existía oportunidad de dormir ya que la actividad de aquella casa era principalmente nocturna. Mi celda, en la que se amontaban casi siempre varios guardianes, no la ventilaban, al principio ninguna vez y luego dos veces a la semana por breves momentos.

La primera noche oí fuertes pasos a eso de las once. Iban en mi busca para llevarme al primer interrogatorio. Atravesamos el pasillo y penetramos en una pequeña habitación situada enfrente. Había una mesa de escritorio en el interior. Detrás había tomado asiento el *jurista* bolchevique, el coronel de policía, Gyula Decsi. A su lado estaban sentados otros cinco oficiales de la policía. Tras las máquinas de escribir, tomaron asiento dos camaradas femeninas con el cigarrillo en los labios. Demostraron gran confianza unos con otros, bromeando entre sí. Una de las secretarias llamó a uno de los oficiales pichoncito.

Después del interrogatorio, el comandante me devolvió a la celda. Eran cerca de las tres de la madrugada. Dos guardianes retiraron la mesa que había en el centro de la estancia. El comandante gritó que me desvistiera. Pero yo no

obedecí su orden. Hizo entonces una seña a los tipos que me rodeaban. Ayudados por él, me arrancaron la chaqueta rayada y los pantalones. Luego salieron y buscaron febrilmente algo en el pasillo. De pronto apareció un teniente coronel de aspecto fuerte, *el partisano*. Me dio un fuerte puntapié con una de sus botas. Caímos los dos contra la pared. Riendo diabólicamente exclamó: *Este es el momento más feliz de mi vida*. Hubiera podido ahorrarse estas palabras: se advertía perfectamente en los rasgos de su rostro. El comandante mandó salir de la celda al partisano. Sacó una porra de goma, me arrojó al suelo y comenzó a golpearme, primero en la planta de los pies y luego en todo el cuerpo. En el pasillo y en la estancia inmediata unas risotadas acompañaban los golpes. Los hombres y mujeres que habían asistido a mi interrogatorio estaban, sin duda, en las proximidades. El comandante jadeaba, pero no cesaba en sus golpes. Yo apretaba los dientes, pero sin conseguir permanecer enteramente mudo. Comencé a soltar gemidos de dolor. Luego perdí el conocimiento y me depositaron sobre el diván. Me resultaba imposible decir cuánto duró aquella tortura.

Me vistieron y me llevaron de nuevo a la sala de los interrogatorios. De nuevo solicitaron mi firma. Otra vez me negué diciendo: *Esta no es mi declaración*. Decsi exclamó: *Afuera con él*. Me golpearon de nuevo. Me pidieron por tercera vez la firma, pero tampoco tuvieron éxito. Trataron de conseguirlo mediante la porra de goma, impulsados por una rabia indecible y siempre bajo la mirada de unos regocijados espectadores. Me solicitaron otra vez la firma. De nuevo rehusé. Ya amanecía, los interrogadores parecían fatigados. Así es que me llevaron de nuevo a la celda.

Me tendí en el diván, pero no pude conciliar el sueño. A las ocho de la mañana me llevaron agua para lavarme y mis guardianes se lavaron asimismo desnudos ante mí. Yo me asecé sin quitarme el traje listado. Cuando hube terminado me ordenaron que sacara de la celda el agua con la que me había lavado. Uno de los tipos me acompañó mientras el comandante y los otros nos seguían con grandes y grotescas gesticulaciones. Aparecieron con el desayuno y me ordenaron que lo comiera todo. Pero tan solo me humedecí los labios. Insistieron, se lo llevaron al ver que no tocaba su contenido.

Al mediodía me preguntaron qué deseaba para comer. Respondí que no me interesaba nada. Me dijeron que irían a buscarme la comida a un restaurante. No les creí. Estaba seguro que prepararían la comida allá mismo y que mezclarían drogas para debilitar mi voluntad. Tenía mis informes sobre los métodos que se utilizaban para quebrantar el ánimo de los hombres más fuertes ¹.

¹ Cardenal Mindszenty, *Memorias*, Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1979, pp. 173-179.

Mi primera comida era de sopa, un poco de carne y verdura, pero solo tomé una pequeña parte, pues estaba seguro que me preparaban para los interrogatorios. Mis sospechas se hicieron convicción. Sin previo aviso, aparecieron tres médicos. Entraron en la celda después de la comida y comenzaron a reconocermme sin preguntar nada. Palparon mi glándula tiroidea, operada hacía algún tiempo. Observaron mis ojos, auscultaron la presión. Al fin, dejaron medicamentos, dando instrucciones a la guardia para que los tomara en el curso de las siguientes comidas. Es de suponer que mis guardianes habían recibido instrucciones para que así lo hiciera. Saqué unas tabletas del frasco, las deshice con los dedos y las mezclé con los restos de la comida. En otra ocasión, como los guardianes estaban de lado, tomé la medicina pero con tan poca agua que oprimí la tableta contra el paladar: cuando se llevaron los restos de la comida, la escondí en el zapato.

PÍLDORAS DE LA VERDAD

Más tarde experimenté la necesidad de comer algo y así consiguieron administrarme los medios mezclados con los alimentos. Pude deducirlo porque los médicos, siempre eran tres, acudían a reconocermme mientras comía e inmediatamente después. Algunos días me reconocían también fuera de esas horas. Nunca hablaban conmigo, pero por su presencia y la actitud que adoptaban deduje que, además de controlar el efecto de las drogas, también tenían que comprobar hasta dónde podían llegar las torturas físicas y si mi corazón resistiría. La dosificación de los medios entorpecedores de mi conciencia y de las torturas físicas y psíquicas tenían que ir al unísono de tal manera que, en el momento del proceso, apareciera ante el público asistente como un autómatas por entero sometido a sus deseos.

Tras marcharse los tres médicos, me tendí en el diván, pero no pude dormir. Otra vez sonaban ruidos diversos a mi alrededor. De pronto apareció el comandante para despertarme. No dejar dormir es también una forma de tortura, un elemento de aquellas diabólicas maquinaciones tendentes a quebrantar la voluntad del acusado. Los guardianes tenían severas ordenes de no dejarme descansar ni dormir. Con dolorosa lentitud transcurrió la tarde en aquella atmósfera sobrecargada. Con ayuda de los dedos traté de rezar el rosario. Cuando se percataron de que quizás estaba rezando, me hablaron de temas sucios y obscenos.

Por la noche me llevaron un plato de col y un par de salchichas. Comí muy poco para que no se sintieran satisfechos. También destruí el medicamento antes de que llegaran los médicos para el reconocimiento. Por la mañana me llevaron al interrogatorio. Como no pudieron conseguir que firmara, me llevaron

a mi celda donde tuve que desvestirme para que la porra de goma hiciera otra vez su trabajo. Después de los golpes me vistieron y me pidieron de nuevo la firma y yo rehusé ².

EL PROCESO

Todo lo que escribo aquí se refiere a los dos primeras semanas, puesto que lo posterior no me ha quedado claro en la mente. Me acusaron de delitos monetarios. Me citó Decsi elevadas cantidades en dólares y francos suizos, de cheques procedentes de Norteamérica y el Vaticano, pero en el interrogatorio me fue imposible comprender exactamente lo que decía. Muchos años después, cuando llegaron a mis manos los documentos del Proceso Mindszenty, comprobé que las acusaciones resultaban en sí mismas contradictorias. Las actas, las declaraciones y las motivaciones de la sentencia citaban cantidades que no se correspondían. Pero se trataba de presentar como delito las asistencias y enlaces internacionales de la Iglesia católica. Se trataba de demostrar a la opinión pública mundial que el primado de la nación, aliado con los más importantes terratenientes del país, quería arrebatarse a los pequeños campesinos las tierras que el régimen les había distribuido, con la intención de restaurar la monarquía. De hecho, en el curso de los interrogatorios, me fue imposible citar de memoria las cantidades recibidas del extranjero en el curso de tres años, destinadas a mitigar las penalidades y sufrimientos del pueblo húngaro.

El dinero y los cheques que llegaban a mí eran inmediatamente entregados a la Institución que en aquel instante precisara una mayor ayuda. Por ejemplo, cuando el embajador norteamericano me entregó 30.000 dólares como donativo del cardenal Spellmann, se los entregué en presencia del embajador al canónigo Mihalovics, quien los distribuyó entre los comedores populares de Budapest. Destaqué la gran actividad de Caritas en Budapest, en las grandes ciudades y las zonas industriales. Y mencioné la situación de los años de la inflación, 1945 y 1946, en que mucha gente solo podía subsistir con el intercambio de objetos y la Iglesia sostenía solo en la capital 126 cocinas populares, cuando la adquisición de víveres era solo posible entregando objetos de valor como intercambio. Gracias a aquellos fondos, fue posible suministrar comida caliente a decenas de millares de personas por espacio de dos años y atender sus necesidades de ropas, medicamentos y combustible. Nosotros cuidábamos de los pobres y enfermos, mientras que el Estado comunista se desinteresaba de la gigantesca ola de miseria y hambre ³.

² Ib. pp. 179-180.

³ Ib. pp. 188-189.

Aquellos interrogatorios nocturnos fatigaban también a los encargados de la investigación y los cambiaban con frecuencia. Solamente yo y el comandante de la porra de goma estábamos presentes noche tras noche. Mis fuerzas se debilitaban a ojos vistas. Comencé a preocuparme por mi salud y mi vida. Me asaltaron horribles alucinaciones. A veces me parecía que las paredes estaban atravesadas por franjas pintadas de vivos colores. Y cada vez que no quería firmar los documentos que me presentaban, me llevaban a la celda, me desvestían, me arrojaban al suelo y me golpeaban. Además los guardianes acrecentaban la tortura, impidiendo que conciliara el sueño.

A veces ocurrían cosas que tocaban el corazón. En 1949, en la época de mayor odio, uno de los policías auxiliares que me vigilaban aprovechó los momentos en que los otros dormían para mirar con cautela a su alrededor y musitarme: *Padre, confíe en Dios. Siempre ayuda.* Acudió una segunda vez a ofrecerme su consuelo. Cuando fue por tercera vez, tuvo que despedirse porque le iban a trasladar. El año 1954 el carcelero, pequeño de estatura, que me conducía al baño, se quedó mirándome después de haber lanzado a la puerta una ojeada llena de temor. Me dijo: *Yo también soy cristiano.* Igualmente un peluquero del hospital penitenciario se enorgulleció de que su hija acudiera a las clases de religión y que él la hubiera acompañado a la misa de gallo. La fe y el amor tienen que fortalecerse para sobrevivir siempre al odio.

SU MADRE

Mi madre me visitaba unas tres veces al año. El 25 de septiembre de 1949 vio mi estado de agotamiento y apatía. Quiso informar de ello a nuestro médico de cabecera. Abrió el cuello de mi camisa y tocó la zona inmediata a la glándula tiroidea. Me preguntó si recibía atención médica y yo le respondí que el reconocimiento que me hacían era de carácter penitenciario, es decir, por entero superficial. Mi madre se volvió al policía presente en la visita y le pidió que informara a los superiores de que ella correría con los gastos de la visita en el caso de que permitieran la entrada al doctor de su familia.

Un atardecer del invierno de 1954 comprobé que había perdido mucha visión y cuanto me rodeaba me daba vueltas. En el libro que quería leer y en la pared aparecieron unos círculos de colores. No recuerdo nada más. Al volver en mí, me encontré tendido en el suelo con el breviario al lado. También había un charco de sangre. En la caída me había golpeado la cabeza. Conseguí llegar hasta la cama y tenderme. Las piernas apenas podían sostenerme. Con un pañuelo mojado limpié la sangre de mi cuello, el pelo y el suelo. Luego me puse un trapo alrededor de la cabeza, pero seguía filtrándose sangre. Los carceleros no se dieron cuenta de nada, lo que no dejaba de sorprender. Tan solo al terminar la

semana, encontraron la almohada manchada de sangre. Por este tiempo me visitó mi madre. Se sintió alterada con mi estado de salud y gritó: *¿No les da vergüenza tener a un preso así? Si no lo quieren atender, deberían al menos autorizarme a hacerlo a mí. Mandaré dinero para los alimentos, díganme cuánto costará.*

Como consecuencia, el 13 de mayo de 1954 me trasladaron al hospital de la cárcel general. Allí permanecí hasta el 17 de julio del año siguiente. La noche anterior a mi salida, el nuevo comandante de la prisión me visitó. Me dijo que se había puesto de manifiesto que conmigo y a mi alrededor había ocurrido algo que no concordaba con la ley. Mi madre me informó con retraso de la muerte de Stalin. Me atreví a intuir los posibles cambios que ello provocaría. Hubo mejor atención a los presos.

TESTIMONIO

Algunas de las prácticas inhumanas del lavado de cerebro, que se probaron con el cardenal, pueden hoy conocerse por el testimonio de un agente de policía, que trabajó en la prisión de Andrassy, cuando él estaba allí. Ese policía escapó a Austria e hizo un informe sobre el cardenal a un funcionario de los países occidentales. Se emplearon primero drogas. El propósito era llevar la mente a un estado de sumisión servil. Una de las drogas le produjo un terrible dolor de cabeza y un mareo; después pánico y una incapacidad para resistir las sugerencias ajenas. A continuación, pasó por la celda de goma. La celda de goma se llama así por estar almohadillada con goma inflada de forma parecida a las cámaras de los neumáticos de los coches. Una vez que el preso estaba dentro de la celda, el policía se ponía unos guantes de goma inflados, que le llegaban a los hombros, y al preso lo lanzaban de una pared contra otra, rebotando repetidamente como una pelota de goma. Los bolcheviques inventaron este sufrimiento, porque no deja señales, pero produce derrames sanguíneos internos y deja al preso atontado... Otra tortura fue no dejarle dormir para producirle un agotamiento mental y físico. En un período, se le mantuvo despierto durante 82 horas... Después de días y días de tortura, los comunistas dijeron al público que había firmado una confesión, que después se demostró que era falsa... Uno de los funcionarios de la prisión, que después escapó, dijo que una noche le ordenaron llevarlo a la celda de goma.

Miré al cardenal y me pareció tan pequeño, que tuve la sensación de que tendría que cogerle en brazos y llevarle... En el mismo momento, comprendí que, más tarde o más temprano, yo también estaría preso allí. Saqué unos polvos de mi bolsillo y se los ofrecí. Él me miró con ojos penetrantes y vi que creía que quería matarlo. Me quedé sin poder hacer nada; después, la mirada acusadora desapareció de sus ojos. Comprendió que quería ayudarme. Y le dije: “Tómelos,

estos polvos no le matarán, le pondrán enfermo y su efecto durará sólo hasta que le lleven al hospital de la prisión; de esta forma, escapará a la cámara de tortura”. El cardenal me apartó suavemente mi mano extendida y, de pronto, aquel hombre pequeño se me apareció grande y majestuoso. Se inclinó hacia mí, apoyó su mano en mi frente y me dijo con una voz llena de un calor sobrenatural: Hijo mío, vigila y reza. Creo que me bendijo. Yo, al cabo de una hora, estaba camino de la frontera.

OTRO TESTIGO

Un oficial de la policía húngara, que asistió al interrogatorio del cardenal antes de cruzar clandestinamente la frontera de su país, declaró al *Wiener Kurien*, que se publicaba en Austria bajo licencia americana: *Tras ochenta y dos horas de interrogatorio ininterrumpido, durante el cual tuvo que permanecer continuamente de pie, y después que le obligaran a tragar unas píldoras de la verdad, el cardenal Mindszenty hizo las confesiones que han sido publicadas en el Libro “Amarillo” húngaro.*

Otros testimonios señalan que, tras haber ingerido las *píldoras de la verdad*, cayó al suelo sin sentido. Hasta el final del proceso, el cardenal fue sometido a *tratamientos especiales*, según los procedimientos más refinados de la ciencia moderna de la GPU, tratamientos que afectan no sólo al cuerpo humano, sino que incluso llegan a influenciar en un sentido determinado la mente y las facultades psíquicas del hombre.

Al ser detenido, fue encarcelado en un calabozo de los sótanos de la prisión política, ventilado únicamente por un desagüe que pasaba muy cerca. Era sacado frecuentemente de aquella celda para los interrogatorios clásicos de una policía húngara que aplicaba los métodos moscovitas; después de lo cual volvían a dejarle entregado a sus reflexiones en aquel calabozo infecto.

A continuación, las torturas morales, que según confesión del propio cardenal fueron mucho más eficaces. Finalmente le habían encerrado en una celda ordinaria con cierto número de presos de la peor condición. Éstos le maltrataron a placer, hasta el punto de que el cardenal llegó a perder la noción de lo que había sido, sumiéndose en un estado de desesperación en contradicción absoluta con su indomable personalidad moral...

Fue sacado bruscamente de aquella despersonalización gracias a las visitas periódicas de su madre, que finalmente había conseguido de las autoridades permiso para visitarle, bajo el control de vigilantes de la policía.

Nuevas torturas físicas, en los meses que precedieron al proceso. En gran parte se las imponía el propio cardenal, que se infligía la privación de todo alimento cada vez que era llamado por el Juez de instrucción. Temía el efecto de posibles venenos capaces de quebrantar sus facultades de resistencia intelectual.

Los interrogatorios que pudo recordar se desarrollaron durante las dos primeras semanas de su detención. Durante aquel tiempo tuvo conciencia de sí mismo y de lo que sucedía en su entorno. Podía resistir todavía los designios de sus verdugos: *No les odiaba, pero tenía miedo de ellos y debía hacer un gran esfuerzo para sobreponerme a aquel temor*. Veía noche tras noche al comandante blandiendo la porra de goma; se sentía a sí mismo estremeciéndose bajo los golpes implacables, mientras las fuerzas le abandonaban más y más. Tuvo horribles alucinaciones. A veces veía las paredes de su celda atravesadas por franjas de vivos colores, que cambiaban cada vez de orientación y se cruzaban entre sí. La enfermedad de Basedow, que le había aquejado diez años antes y de la que se había visto aliviado gracias a una intervención quirúrgica, había vuelto a agudizársele. Temió por su salud.

La depresión del cardenal llegó al extremo de que decidió, por cuenta propia, poner término a aquella situación. En el interrogatorio de una noche dio tres nombres: dos de ellos habían muerto y el tercero había emigrado al extranjero, de manera que no provocaría ningún perjuicio. Pensó que así interrumpiría al menos por algún tiempo los golpes. Pero sólo consiguió aplazarlos hasta la noche siguiente, cuando sus verdugos descubrieron el engaño. El comandante siguió martirizándole, procurando por todos los medios arrancarle un nombre que pudiera involucrar en su proceso.

El sistema nervioso del cardenal había llegado a verse seriamente afectado por las palizas y los malos tratos. El solo pensamiento de la porra de goma le hacía temblar. Era una imagen obsesionante que le acompañaba incluso en las horas de asueto en la celda; de manera que la tortura se prolongaba también durante el día. Al fin cedió, aun sabiendo que era una falsedad, a firmar la lista que le presentaron, si bien, como habían hecho antes los cautivos húngaros en Turquía, añadió las iniciales *C. F. de conctus feci*, que significa: hecho bajo coacción. Sus verdugos no entendieron el significado y Mindszenty explicó que era abreviatura de *cardinalis foraneus*, es decir, un cardenal provincial, no de Curia. Eso pareció complacer a sus acusadores de momento, aunque luego se echaron sobre él y le recriminaron violentamente que hubiera añadido nada a su firma en la declaración.

Eso fue lo último que el cardenal recuerda con nitidez que le hubiera ocurrido, mientras permaneció allí preso. En el período que siguió a la segunda semana de reclusión —entre el 10 y el 24 de enero de 1949— los recuerdos tan

sólo subsistieron de manera fragmentaria en su memoria. En gran parte, sólo pudo reconstruir lo sucedido, más tarde, cuando leyó el *Libro Amarillo* y el *Libro Negro* que se publicaron con motivo de su proceso. El cardenal supone que, en ese segundo período de reclusión, habría sido tratado en mayor medida con drogas, lo cual explicaría la falta de lucidez, que le impedía incluso argumentar con coherencia ante sus acusadores.

También su capacidad de resistencia había decrecido. Ante las falsedades que le querían hacer confesar, se decía a sí mismo, que no había por qué resistir más; era preferible comportarse como los otros y ponerse de acuerdo con sus acusadores. Ya no se sentía con fuerzas para eludir las trampas que le tendían. Aceptaba su palabra de que se introducirían cambios en sus declaraciones según sus deseos, y daba por buena la lectura que hacían de las actas, ignorante de que difería de los documentos que en realidad le presentaban para que los firmara ⁴.

LA POLICÍA

Él fue testigo de cómo la fe es muchas veces el antídoto más eficaz contra *el abismo de las cárceles* en que el preso se ve precipitado. En esos lugares, el envilecimiento, el vicio y la crueldad suelen hacer presa más fácilmente. Son lugares también en los que se registra mayor número de suicidas y enfermos mentales. Él mismo sufrió en su propia carne depresiones nerviosas, consecuencia de los malos tratos, que dejaron en él secuelas de por vida. También llegó a escuchar los aullidos de hombres que habían perdido la razón y el tumulto causado por presos que se habían vuelto locos y a los que después de no pocas dificultades los guardianes habían conseguido reducir. Durante algún tiempo anotó en su diario esos casos, como las veces en que un preso, atacado de locura, era sacado de su celda para ser conducido al manicomio.

Cuando un preso era golpeado, caso que se producía casi constantemente y bajo cualquier pretexto, era frecuente que eso produjera un sentimiento de solidaridad con el que estaba siendo maltratado. Cuando no había otra forma de manifestar la protesta, se golpeaba la puerta de la celda. Eso provocaba inmediatamente una movilización general de los guardianes para localizar a los autores del alboroto, cosa que no resultaba fácil si la protesta se generalizaba. Entre los condenados había quienes se les había acusado de reaccionarios y de haber entorpecido la marcha del régimen y otros no menos numerosos que, después de haber colaborado en la construcción del nuevo Estado húngaro, habían caído en desgracia. Pero, fueran unos u otros, en la cárcel se sentían unidos por un sentimiento común de odio a la policía húngara. Esa

⁴ Arguijo Paulino, *Mindszenty*, Ed. Palabra, Madrid, pp. 138-145.

animadversión por los guardianes del orden se concretaba más que en ningún otro cuerpo, en la policía húngara para la defensa del Estado (A.V.O.), de triste memoria. No solo había usurpado las funciones de los tribunales, arrogándose la autoría de los interrogatorios, sino que era responsable de incontables ejecuciones y de la pérdida de la salud mental de tantos desgraciados víctimas de sus métodos.

LA MISA

Un día, después del interrogatorio nocturno, estaba agotado y se tendió en su lecho. Reparó entonces en un vaso de vino que alguien había depositado en el suelo. Reservó un pedazo de pan del desayuno y, cuando sus guardianes lo dejaron solo, mezcló el vino con agua y celebró la misa en privado y de memoria y comulgó. En los 39 días que estuvo en esa celda pudo celebrar en dos ocasiones. A partir del 16 de junio de 1950 le dieron permiso para celebrar misa por primera vez. Y dice que para él era el momento más importante del día y le duraba dos o tres horas.

Manifiesta: Durante la celebración, los guardianes miraban por la mirilla para comprobar la duración de la misa. Ocurrió luego con frecuencia que me llamaban para el baño semanal, precisamente cuando efectuaba la consagración del pan o pronunciaba la fórmula de la transustanciación sobre el vino. Yo desoía cualquier llamada y seguía celebrando la santa misa, a pesar de las groseras amenazas que lanzaban contra mí.

También en la cárcel le proporcionaron una vez un breviario, un rosario y una mesita telefónica para celebrar la misa. La imagen el altar era una diminuta estampa de un santo y como sobrecopa un libro comunista ⁵.

Durante su asilo en la embajada norteamericana, ningún día dejó de celebrar misa. El primer día celebró sobre la mesa del escritorio del embajador en presencia de todos los empleados, utilizando como cáliz una copa de cristal. Más tarde, un capellán militar norteamericano le proporcionó vasos, libros y vestidos apropiados.

⁵ Ib. pp. 260-261.

EL PADRE PÍO

El padre Pío visitó en bilocación al cardenal Luis Stepinac de Croacia, al cardenal Wiszynski de Polonia y al cardenal Mindszenty de Hungría.

Angelo Battisti declaró que un día un sacerdote húngaro, en 1956, en pleno régimen comunista de Hungría, le dijo que el secretario del cardenal Mindszenty, que estaba en la cárcel en Budapest, le había referido que el padre Pío había estado en la cárcel consolando al cardenal, quien deseaba celebrar la misa en la cárcel; y le había llevado a la cárcel todo lo necesario para celebrar la misa y lo había regresado al terminar. Sobre este hecho, que sucedió varias veces, el mismo padre Pío le confirmó que era cierto ⁶.

Ahora bien el padre Pío no iba solo. Al menos algunas veces fue acompañado de sor Rita Montello. Veamos lo que escribió la Madre Cherubina Fascia de Radicondoli, contándole que le había escrito la Madre abadesa del convento de Santa Cruz, la Madre Gazzarrini: *Un día vino sor Rita y me dijo que el padre Pío le había preguntado, si quería ir con él a visitar al cardenal Mindszenty en la cárcel y oír su misa. Le pregunté cuándo pensaban ir y me respondió: “Mañana por la tarde”. Yo le dije: “Toma todo lo necesario para la misa y tráelo a mi celda y, cuando llegue la hora, vienes a recogerlo”.*

Al día siguiente por la tarde, yo estaba cerrada con llave en mi celda y en cierto momento tocó Rita la puerta cerrada y entró. Se acercó a donde estaba la mesa con las cosas de la misa, las tomó y salió. Yo traté de seguirla con la vista y desapareció ante mis ojos. Fui a su celda para ver si estaba allí y la vi en su cama. Volví a mi celda y la puerta, que yo había abierto, estaba cerrada con llave. Cuando regresó por la noche en bilocación, tocó la puerta y entró con la puerta cerrada y dejó todo en su sitio como anteriormente. Después se fue a su celda, diciéndome: “Buenas noches” ⁷.

El padre Franco D’Anastasio preguntó a Rita:

¿Es verdad que estabas presente cuando condenaron al cardenal? ¿Y qué dijiste?

Estuve presente y dije que así irían al infierno. Uno respondió que no le importaba nada el infierno.

¿Ibas vestida con el hábito de monja?

No, vestía como una señora de la ciudad.

¿Iba contigo el padre Pío a visitar al cardenal?

⁶ Arcangelo Aurino, *Sodali per Cristo*, Ed. Città ideale, 2005, pp. 268-269.

⁷ Ib. pp. 405-406.

Sí, a menudo.

¿Dónde cogías los objetos sagrados para la celebración de la misa?

De la sacristía del monasterio.

¿Qué idioma se hablaba?

Distintos idiomas, pero esto no era un problema.

¿Le llevabas al cardenal también otras cosas?

A veces le llevaba café.

¿Y si le pidiera confirmación de estas bilocaciones a él personalmente?

No diría nada porque está obligado a mantener el secreto ⁸.

El Padre Teófilo, para verificar los viajes de sor Rita a la cárcel, donde estaba detenido el cardenal Mindszenty, le pidió que en una de sus visitas le pidiese al primado de Hungría que le entregara una tarjeta o una postal para enviar al Papa. Todo fue realizado en poco tiempo. Cuando volvió a ver a Rita, el padre Teófilo recibió una postal con la imagen de la Virgen con el Niño Jesús. En el reverso había escrito en latín un agradecimiento a Dios y una petición de bendición a Pío XII. La postal llevaba la fecha del 26 de mayo de 1949 y tenía escrito: *Deo gratias... me benedic. Additissimus filius Joseph Mindszenty. XXVI-V-MCMXLIX* (26 de mayo de 1949).

TERESA CARLONI

Por su parte, la mística Teresa Carloni, cuya vida está en proceso de canonización, iba frecuentemente en bilocación a las cárceles de los países del Este de Europa para consolar a los encarcelados y especialmente a los cardenales, obispos y sacerdotes. Ella fue a visitar también en bilocación a la cárcel al cardenal Mindszenty. El 31 de mayo de 1956 se presentó en bilocación en una reunión de representantes de la Iglesia perseguida del Este, donde estaba Mindszenty.

El padre Campana, su director espiritual, refiere que el 14 de diciembre de 1956 la envió en bilocación al cardenal Mindszenty con el fin de que fuera a ciertos lugares a animar al pueblo húngaro. A veces, a través de Teresa el padre Campana recibía mensajes de Jesús. Por ejemplo: *La necesita el Papa Pío XII o el cardenal Mindszenty o algunos otros*. Eso quería decir que el Señor quería que fuera a visitarlos en bilocación. A veces ella decía: *Me parece que alguien me llama*. Y acudía donde la llamaban de alguna cárcel o de algún lugar de los países del Este.

⁸ Siccardi Cristina, *La monja que salvó a Juan Pablo II*, San Román, 2014, p. 58.

Veamos otra versión de las visitas del P. Pío y sor Rita al cardenal, según el proceso de canonización del Padre Pío, el padre Angelo Battisti, muy cercano al padre Pío, pudo confirmarlo, según las Actas del Proceso. Afirma: *El cardenal Mindszenty estaba en la cárcel y sentía un gran deseo de celebrar misa. Una mañana se presentó el padre Pío con todo lo necesario para celebrar la misa. El cardenal celebró la misa y el padre Pío le ayudó. Después hablaron y por fin el padre Pío desapareció con todo lo que había llevado. Un sacerdote venido de Budapest, me confirmó, dice sor María Natalia Magdolna, este hecho. Una tarde de 1965 el padre Battisti recibió del padre Pío la confirmación de la bilocación tenida varios años antes cuando el padre Pío le comentó las horribles condiciones en que había encontrado al cardenal en la cárcel. Y le dijo: “Acuérdate de rezar por este gran confesor de la fe, que ha padecido tanto por la Iglesia”*⁹.

CADENA PERPETUA

Entre los muchos traslados a diferentes cárceles, le trasladaron a una cárcel para asesinos y ladrones. En la celda encontró un saco relleno de paja y una vieja manta. Desde su pequeña ventana podía ver las ejecuciones, que hacían en el patio, con redoble de tambores. Y dice: *Después del proceso que me hicieron se dictó la sentencia en mi contra y me condenaron a cadena perpetua. Hubo apelación a la sentencia, pero el tribunal de apelación confirmó el 9 de julio de 1949 por ocho votos contra dos, la condena a cadena perpetua. Como anécdota es de anotar que el presidente del tribunal se suicidó y el ministro del Interior, que había sido uno de los inspiradores del proceso, murió ahorcado poco después*¹⁰.

SOLEDAD Y SILENCIO

La soledad y el silencio se hacían a veces insoportables. Vaciaban el alma y acababan atacando al sistema nervioso. No les era permitido a los presos encontrarse ni siquiera en las horas de paseo. En una ocasión por un descuido del guardián vio al recluso que ocupaba la celda contigua. Por la noche intentó establecer alguna forma de comunicación mediante golpes en la pared. Experimentó una inusitada alegría, cuando sus llamadas tuvieron una respuesta. Pero en la misma medida le vino el desconsuelo, cuando sus golpes no tuvieron

⁹ Matera Claudia, *Revelazioni profetiche di suor Maria Natalia Magdolna*, Ed. Sugarco, Milán, 2020, p. 62.

¹⁰ Arguijo Paulino, o.c., p. 167.

ya respuesta. El recluso había sido trasladado o puesto en libertad o llevado al patíbulo ¹¹.

Cuando le permitieron tener libros en la celda, la soledad se le hizo más soportable y le proporcionaron papel y pluma. Escribió seis tratados de historia del arte, que reunió bajo el título de Religión y arte. Así combatía la ociosidad forzosa ¹².

Un día el médico, tras examinar los latidos de su corazón, le obligó a estar en cama 30 días seguidos. Al terminar los 30 días, se levantó, pero el guardia le obligó a acostarse y el médico le recetó otros 30 días, tendido en el camastro sin moverse. Solo el poder Dios le dio fuerzas para soportar tanto sufrimiento sin volverse loco.

Él mismo refiere que con el tiempo: *Mis fuerzas decrecían y aumentaba la apatía e indiferencia. Cada vez se me hacían más imprecisos los límites entre lo auténtico y lo falso, entre la realidad y la ficción. Mis opiniones se hicieron mucho más inseguras. Me habían hablado día y noche de mis pecados y comencé a pensar que era culpable de algo. Mi sistema nervioso quebrantado hacía vacilar mi fuerza de resistencia, ensombrecía mi mente y sacudía mi voluntad* ¹³.

LA REVOLUCIÓN

El 24 de octubre de 1956 la radio informó del cambio de personas en la dirección política del país. Los obreros se declararon en huelga. El gobierno declaró el estado de excepción. Al día siguiente la gente salió a la calle. Los manifestantes protestaron. Algunas noticias decían:

Unidades del ejército apoyan a los amotinados. Se lucha en las principales ciudades del país. Los revolucionarios establecen comités de lucha para hacerse con el gobierno. En las empresas se organizan consejos de obreros, que organizan la lucha. Los campesinos envían provisiones a Budapest para alentar la lucha. El 27 de octubre se informa por la radio la formación de un nuevo gobierno, incluyendo a algunos no comunistas. El 30 de octubre el cardenal es liberado de la prisión y se liberan a todos los presos políticos. Las tropas soviéticas avanzan hacia Budapest. El gobierno hace un llamado a las grandes potencias y a la ONU para que garanticen la paz. El 4 de noviembre los trabajadores se manifestaron durante unos diez días por las deportaciones de

¹¹ Ib. p. 175.

¹² Ib. p. 177.

¹³ Ib. p. 142.

jóvenes a la URSS. Ese día las tropas soviéticas atacaron, apoyadas por paracaidistas y ocuparon puestos estratégicos del país. Se protestó ante la ONU. El 5 de noviembre, el Papa Pío XII dirigió al mundo una circular con referencia al pueblo húngaro. Gritaba la gente: *Ayuda de las Naciones Unidas*, pero no ayudaron. La revolución húngara fue aplastada por los tanques rusos. Murieron por los menos 20.000 jóvenes húngaros y todo volvió a tranquilizarse bajo las autoridades soviéticas.

LA EMBAJADA

Ese mismo año 1956 fue acogido en la embajada de Norteamérica de Budapest para escapar de que lo detuvieran de nuevo. Allí estuvo hasta 1971, en que consideró oportuno salir de la embajada por consejo del Vaticano y para evitar problemas a la embajada.

La salud del cardenal presentaba altibajos que determinaban el curso de su enfermedad. A partir de 1960 había vuelto a agudizarse la enfermedad de Basedow, junto con una subida de la presión sanguínea y una insuficiencia cardíaca. Desde 1964 padecía desarreglos gástricos y, al año siguiente, reapareció la afección tuberculosa pulmonar que los médicos habían declarado curada durante su cautiverio. La Casa Blanca, igual que el Vaticano, recibía informes sobre su estado de salud. Estando en la embajada, se le recomendó que se sometiera a tratamiento en una clínica de la capital. El cardenal se opuso a ser trasladado. Hubo entonces que aislar materialmente al cardenal por el riesgo de contagio que los médicos habían dictaminado. Durante ese tiempo se le privó de todo contacto con el personal de la embajada e incluso se vio privado de distribuir la comunión durante la misa. La enfermedad remitió a partir de 1966 y pudo normalizar su vida en la legación norteamericana. A pesar de lo cual, el cardenal no pudo dejar de advertir que había otros motivos, aparte de su salud, que pesaban en el ánimo de sus anfitriones, en el sentido de una recomendación para que siguiera los deseos expresados por el Papa. Los Estados Unidos, entre otros, habían iniciado en esos años una política de deshielo. Y la presencia del cardenal en la embajada no contribuía a hacer olvidar precisamente la guerra fría.

Desde la fecha en que el cardenal se había asilado en la embajada de los EE.UU., la policía húngara la había vigilado estrechamente. De acuerdo con la legislación en vigor, hubiera podido detener el automóvil en que viajara el cardenal y registrar su equipaje. Es probable que, con ocasión de la visita que el Ministro de Asuntos Exteriores de Hungría hizo a la Santa Sede, el Papa tratara con él los detalles de la partida del Primado de la capital húngara y obtuviese garantías para que nada de eso pasara. No obstante, el comisionado del Vaticano dispuso que el cardenal se llevara sólo lo más necesario y todo lo demás, incluido

los manuscritos, fuera remitido por correo diplomático a la embajada norteamericana de Viena.

EL EXILIO

La partida quedó fijada para el 28 de septiembre de 1971. Eran las ocho y media de la mañana cuando el cardenal salió por la puerta a la Plaza de la Libertad. Con los brazos abiertos bendijo a la capital y a toda Hungría. Acompañado de Monseñor Zágón subió al automóvil en que abandonaron Budapest escoltados por coches de la policía secreta en el mayor de los sigilos. Llegaron a Viena y allí, a las 11:30, subieron a bordo de un avión italiano especial de la compañía Alitalia, que inmediatamente emprendió vuelo hacia Roma, donde tomó tierra alrededor de las tres de la tarde.

En el aeródromo Leonardo da Vinci, le esperaban el cardenal Villot, Secretario de Estado de la Santa Sede, y un pequeño número de simpatizantes que, a pesar de no haber sido advertida su llegada, se habían reunido en la pista delante del aparato. El cardenal los bendijo desde la escalerilla del avión. Un automóvil del Vaticano lo recogió y lo llevó ante el Papa Pablo VI. El Papa lo abrazó y le colocó al cuello una cruz pastoral y un anillo episcopal. Asistió a la apertura del tercer Sínodo de obispos y a algunas sesiones. Se interesó por los Procesos de canonización húngaros y celebró misa ante la tumba de Pío XII. El 23 de octubre de 1971 tomó el avión para ir a Viena, donde deseaba residir para estar más cerca de su querida Hungría.

Durante su estancia en la embajada norteamericana, escribió sus *Memorias*, publicadas en 1974. Su exilio en Viena en 1971 no fue inútil. Seguía preocupándose de la situación de los refugiados húngaros a lo largo del mundo.

Por eso hizo varios viajes a Canadá, Estados Unidos, África del Sur, Alemania, Bélgica, Portugal, Inglaterra y otros países. Murió el 6 de mayo de 1975. En 1991 fue exhumado y encontrado incorrupto a los 16 años de su muerte. Actualmente su proceso de canonización está en marcha y ha sido ya declarado venerable.

CONCLUSIÓN

La conclusión que debemos tener ante el ejemplo de la vida de este gran mártir y cardenal de la Iglesia católica es que es preferible morir, como tantos millones de católicos lo han hecho, a lo largo de la historia en diferentes países, antes que renegar de nuestra fe. Dios permite el martirio para que *vencidos, podamos vencer*. Así como Cristo que, vencido aparentemente ante el mundo, fue vencedor para siempre. Y después de unos días de dolor en este mundo, Dios nos regalará un premio inmenso para toda la eternidad. El martirio es un premio que Dios reserva para los valientes. No todos son capaces de ello. Por eso, pidamos a Jesús la valentía necesaria para que, si llega el momento, él no nos abandone a nuestras fuerzas, sino que podamos ser testigos y dar testimonio de fe ante el mundo entero, en la tierra y en el cielo. Dios nos espera en el más allá con los brazos abiertos para decirnos con alegría: *Ven, bendito de mi Padre, a gozar del reino eterno que te he preparado desde el principio del mundo* (Mt 25, 34).

Que Dios te bendiga y seas santo, es mi mejor deseo para ti.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org